

LA FUNCIÓN PATERNA

El grupo de perinatalidad de SEPYPNA se planteó hace unos meses la importancia y oportunidad de abrir debates, generar discusión y organizar ideas comunes alrededor de diferentes temáticas sobre la perinatalidad. En este caso, hemos elegido inicialmente ahondar en la definición de las funciones paternas en el contexto de la diversidad de organizaciones familiares actuales.

De esta preocupación inicial nació una actividad grupal para elaborar un documento de reflexión y consolidación de criterios, con el fin de ponerlo en común en un encuentro celebrado en Madrid en mayo de este año.

El documento recoge los resultados de esta iniciativa y su misión es contribuir y trasladar algunas ideas y reflexiones a disposición de personas interesadas, sobre cuestiones que provocan interés e inquietud en la sociedad y objeto de múltiples trabajos concienzudos, desarrollados con anterioridad a nuestro propósito, por otros profesionales.

- **Introducción. El escenario social**

En la sociedad occidental estamos siendo testigos, desde hace décadas, de cambios y transformaciones económicas estructurales, en el modelo de producción y reproducción, ideología y valores desde la revolución industrial que han supuesto e incidido necesariamente en alteraciones en la organización familiar, en la movilidad social y en la protección de derechos individuales. Todo ello sin duda, ha condicionado y afectado al concepto de familia y a su funcionamiento.

El cambio principal se produce con la masiva incorporación de la mujer al mundo laboral y las consecuencias que esto ha tenido en la organización familiar interna, así como la utilización de los métodos anticonceptivos para programar la maternidad/paternidad, en función de necesidades diferentes hasta el momento.

Éste y otros fenómenos asociados al cambio social estructural, han supuesto desconcierto y, sobre todo, un desajuste de equilibrios que llevaban funcionando secularmente dando lugar a un nuevo panorama que nos muestra un caleidoscopio de situaciones diferentes donde conviven elementos de estructuras anteriores con otros nuevos y donde encontramos:

- Una mayoría de familias en las que tanto hombres como mujeres trabajan fuera del hogar.
- Familias en las que distintas generaciones viven en lugares diferentes y, por tanto, se produce ausencia de abuelos y de red familiar.
- Parejas separadas, familias reconstituidas, familias monoparentales, familias de parejas homosexuales, familias de parejas abiertas o poliamorosas.
- Profesionalización del cuidado de los niños en primera infancia y escolarización precoz en guarderías, escuelas infantiles.
- Conflictividad de la mujer en la conciliación familiar entre el deseo/necesidad de trabajar fuera del hogar y el deseo/necesidad de la crianza de los hijos.
- Políticas escasamente conciliadoras tanto para el padre como para la madre.
- Tendencia a la idealización y mistificación en la forma de vivir la maternidad/paternidad, rechazo de la misma, así como a la no diferenciación de funciones parentales.
- Acceso a la maternidad/paternidad desde técnicas novedosas de concepción y reproducción asistida: FIV, donación de esperma u óvulos, donación de gametos, método ROPA, autoinseminación casera, gestación subrogada...
- Multiplicidad de modelos de crianza que conviven unidos o de forma simultánea.
- Mayor libertad para elegir maneras de organizarse en la familia y modelos educativos diferentes.
- Parejas y personas solteras que se plantean como opción elegida no ser padres/madres.
- Avance científico que posibilita mayor elección sobre elección de sexo, género e identidad sexual.
- Multiplicidad de información y variedad de criterios profesionales con respecto a la maternidad/paternidad y crianza.
- Multiplicidad de criterios legales europeos/mundiales sobre lo permitido vs prohibido respecto a las técnicas de reproducción asistida y adopción internacional: anonimato, remunerado, orientación sexual de adoptantes, casados o monoparentales, vientres de alquiler, edad de la gestante...

- Una sociedad de la globalización, rápida, poco estable y poco previsible, de migraciones, éxodos, situaciones traumáticas y pérdida de referencias frente a la necesidad imperiosa de constituir la permanencia en base a construir una familia ideal
- Una cultura caracterizada por la no espera, la gratificación inmediata, de la prematuridad, del consumo, la tendencia a la perfección, al éxito y con mensajes idealizados y de redes sociales virtuales frente a la realidad personal.

La institución familiar es una construcción social, sujeta a necesarias variaciones conforme a una diversidad cultural en continua evolución y transformación. Por tanto, esta construcción social se encuentra sujeta a modas, ideologías imperantes que son cambiantes según modelos, criterios y pautas de conducta, pudiendo interferir e incidiendo de forma variable, en las diversas formas de vivir las maternidades/paternidades, evolucionando a veces, en un vaivén de movimientos pendulares, concibiendo escenarios y situaciones vitales diferentes con respecto a generaciones anteriores.

No obstante, partimos de la idea común de que la familia, dentro de cualquier modalidad y para cualquier individuo que nace, es lugar de pertenencia y de sostenimiento. Cada persona tendrá que librar retos internos y externos a lo largo de su desarrollo y lo hará a través de las experiencias vividas, representaciones e identificaciones iniciales con sus figuras de apoyo, las cuales ejercerán funciones con un impacto que incidirá necesariamente en la vida futura de cada cual.

J.L.Tizón en su artículo “Crisis social y parentalidad líquida”, nos dice que podemos entender la marentalidad y la parentalidad como objetos internos, representativos de los deseos, fantasías (fundamentalmente inconscientes) y capacidades de ser madre o padre y de lo que eso significa en la propia vida y en la comunidad de pertenencia.

También en el artículo ya citado, Jorge Tizón: “En los últimos decenios estamos viviendo profundas y aceleradas trasformaciones de la familia que están repercutiendo en el “self parental” de cada uno de nosotros. Tal vez incluso podría hablarse de una “familia líquida” propia de la tardomodernidad.

Para J.L.Tizón, hemos de entender la marentalidad y la parentalidad como objetos internos, representativos de los deseos, fantasías (fundamentalmente inconscientes) y capacidades de ser madre o padre y de lo que eso significa en la propia vida y en la comunidad de pertenencia. “Un objeto interno que, cómo no, es fundamentalmente inconsciente, pero que va cargado de todo tipo de cogniciones conscientes acerca de qué es bueno, malo y necesario para cumplir con las tareas y exigencias de tal “mandato interno”.

Víctor Guerra (2000), en su artículo de la Revista Uruguaya de Psicoanálisis, describe nuestro mundo actual destacando lo siguiente:

- ✓ El papel del consumo: a través de los modos de gratificación y lo que obtengo.
- ✓ El hedonismo: la búsqueda del placer y el éxito del individuo como autoafirmación personal, extendida a lo largo de la vida.
- ✓ El cambio del modelo corporal y el modelo indentificatorio juvenil: importancia del cuerpo joven, delgado y bonito. La juventud como valor esencial donde no hay cabida en la vida cotidiana y por tanto quedan escindidas, la enfermedad, la vejez y la muerte.
- ✓ La temporalidad con el valor del presente donde importan poco las raíces del pasado, ni el futuro que se da por añadidura. La consecución de logros son los más inmediatos y próximos para el individuo.
- ✓ Reubicación entre lo público y lo privado donde la protegida subjetividad de dentro ha sido invadida y se proyecta hacia afuera: los objetos, la tecnología, las actuaciones sociales y la actividad del ocio.

Podríamos hablar de un mundo de tiempos acelerados y en ocasiones no sincrónicos, con necesidades y deseos diversos y en continuo cambio, cargado de información muchas veces indigerible, actividades continuas y frecuentes con poco detenimiento, embebidos de tecnología y dispersión, el pasado no perdura y lo anterior es denostado, sin cabida, con escaso tiempo para la espera y la reflexión, abunda lo banal y efímero en detrimento de lo profundo, el ruido que aturde no permite el silencio y dificulta el pensamiento, todo puede cambiar rápido y se establecen valores que no permanecen, sometidos a una continua transformación.

Siguiendo a Zygmunt Bauman según refleja J.L.Tizón en el mismo artículo ya citado, se daría una situación en la cual valores, normas, ritos y formas de relación no llegan casi a introyectarse suficientemente debido a que cambian

a tal velocidad que el esfuerzo por retenerlas no vale la pena: las condiciones de actuación de sus miembros cambian antes de que las formas de actuar se consoliden en unos hábitos y en unas rutinas determinantes.

En el tema que nos afecta en relación a las paternidades/maternidades, nos preguntamos cómo se plantean las cuestiones más nucleares en un contexto vital como el descrito anteriormente. Quizá todas estas variables afectan también a un cuestionamiento global de movimientos en las identidades parentales donde todo se resiente y requiere de un reordenamiento por parte de todos los implicados: sociedad en su conjunto, madres, padres, hijos, abuelos, profesionales... En este nuevo orden de cosas, pensamos en el papel del padre contextualizándolo en nuestra cultura occidental y en nuestro tiempo.

- **El padre en escena**

Nos encontramos que actualmente en ciertos núcleos de población, existe un mayor interés y deseo por parte de algunos hombres que buscan comprometerse en la paternidad desde el inicio, desde la decisión de tener hijos, a implicarse en el proceso de embarazo de sus parejas, participar en el parto, tener una relación vincular con su hijo más estrecha desde el primer momento, estando más cerca, participando de los cuidados iniciales y en general, valorando y colaborando en los criterios en cuanto a la educación de sus hijos durante la primera etapa de la vida infantil de una manera más firme y real. Es decir, un deseo de mayor compromiso, implicación y protagonismo por parte del hombre, como compañero de su pareja y como padre en la crianza de los hijos dentro de un proyecto común.

Bonino (2003), hace una división de tipologías paternas y nos dice que un 80% de los padres actuales de entre 35 y 55 años, pertenece al grupo de “Mayoría desconcertada/deshubicada o ambivalentes”. Este grupo de hombres “ha aprendido a mantenerse frente a los numerosos cambios a nivel social, pero no han realizado a nivel personal cambios hacia posiciones igualitarias que mejoren la situación pública tanto de hombres como de mujeres, puesto que no saben cómo ponerlo en marcha, les da pereza o simplemente se resisten a tomar iniciativas para emprender el cambio por el hecho de perder ciertos privilegios y comodidades”.

En palabras de Maldonado y Lecannier (Martín Maldonado y Lecannier, 2008): “Tradicionalmente, el padre se mantenía alejado de las diferencias

perinatales concentrándose sólo en ser el proveedor... Desde hace algunos años, en las sociedades industrializadas esta actitud ha cambiado paulatinamente. El padre está cada vez más presente durante el embarazo, el parto y la infancia temprana y cada vez hay más interés en el padre, los efectos de su presencia (y ausencia) y la naturaleza de su relación con el niño o niña. Se espera que el padre esté más involucrado con sus hijos que lo que ocurría en la generación anterior y que haya mayor intimidad en esta relación”.

Para Recalcati (El complejo de Telémaco, 2014), lo que está en juego no es la necesidad de restaurar la soberanía perdida del padre-amo. “La autoridad simbólica del padre ha perdido peso, se ha eclipsado, ha llegado irremisiblemente a su ocaso. Con todo, nuevas señales, cada vez más insistentes, nos llegan desde la sociedad civil, desde el mundo de la política y de la cultura, para relanzar una “inedita y acuciante demanda del padre”.

La “demanda de padre” que invade ahora el malestar de la juventud no es una demanda de poder y de disciplina, sino de testimonio. No se demandan modelos ideales, dogmas y jerarquías inmodificables, ni una autoridad meramente represiva y disciplinaria, sino testimonios de cómo se puede estar en este mundo con deseo y, al mismo tiempo, con responsabilidad.

No debemos sentir nostalgia, concluye Recalcati, por el padre-amo, por el padre-tótem, por el padre-papa, por el padre-héroe, poseedor de la última palabra sobre el sentido del bien y del mal. La evaporación puede abrir potencialmente caminos hacia la invención.

Para que esta nueva visión del padre sea posible de una manera más integrada, general e instaurada, tendrá que suceder en el hombre, una nueva redefinición de su identidad de padre y de su nueva masculinidad, teniendo en cuenta que ello significa dejar paso a una visión de hombre diferente, rompiendo hábitos e inercias tradicionales muy instauradas por parte de algunos hombres y mujeres también, a lo largo de tiempos anteriores.

Quizá, en la instauración de nuevas identidades, de padre-madre, y/o de hombre-mujer, en un contexto donde se incluyen diversidad de figuras parentales (familia clásica padre-madre-hijo/a, familia monoparental, parejas de hombres o de mujeres), el objetivo no sería crear un solapamiento de estas identidades, sino más bien ir a la búsqueda de una diferenciación, complementariedad y contraste, teniendo en cuenta la importancia de la

triangulación relacional de las funciones madre-padre-hijo, donde cada vértice del triángulo corresponde a cada uno de los miembros y cada cual, al mismo tiempo, ocupa un espacio propio.

- **¿Qué ofrece la función paterna de forma diferenciada a su hijo/a?**

Hablamos de función paterna y de formas de parentalidad. El padre tiene un estilo propio de ser y funcionar.

D. Gil (2002) (cit. en Carballeira, 2009), plantea que “El padre puede hacer lo mismo que la madre, pero lo hace de forma diferente”.

Este estilo de funcionar del hombre se ha entendido frecuentemente en relación a la fuerza, el dinamismo, la autoridad, la vitalidad y la independencia... Es portador de la norma, la Ley ... El padre facilita el proceso de individuación y separación del hijo con respecto a la madre, favoreciendo la triangulación en ese recorrido que realiza el niño desde la dependencia absoluta y la simbiosis inicial con su madre, hasta la autonomía e individuación. El padre tiene unas competencias diferenciadas que le son propias.

Levobici (1983) nos habla de un padre que interacciona con un carácter más físico y estimulador, más activo, agresivo y audaz que la madre, con un comportamiento menos cercano, pero más rítmico. El padre es “mediador de la separación y catalizador de la sublimación de la agresividad por medio del juego”.

Las funciones paternas en las primeras fases de desarrollo han sido estudiadas en el artículo de Martín Maldonado y Lecannier (2008), ya citado:

“Diversas investigaciones han encontrado que el juego de naturaleza física (corretear, jugar a luchar, etc.) entre el padre y el hijo o hija promueve la capacidad de regulación de las emociones del pequeño/a y le ayuda a mejorar su habilidad para más tarde establecer relaciones interpersonales. Las interacciones placenteras y de tono positivo le ayudarán a tener un mejor estado de ánimo ulteriormente y menos dificultades con conducta agresiva”.

Podríamos pensar que, hablando de funciones paternas y maternas, las madres a veces también ejercen este papel de juego físico dinámico con sus hijos/as, pero a la inversa y siguiendo con el mismo artículo citado de M. Maldonado y Lecannier, “el padre puede ser tan sensible y reaccionar

adecuadamente como la madre a las señales del bebé y de presentar una positiva sincronía relacional. Se han encontrado cambios fisiológicos muy semejantes, tanto en el padre como en la madre, en respuesta a las señales de estrés del lactante. Poco después del nacimiento, el padre es capaz de reconocer a su recién nacido y distinguirlo de otros”. “Cuando el padre tiene un estilo de interacción con el niño pequeño en el que hay sensibilidad, ternura y respuestas a sus comunicaciones, hay mayor posibilidad de que ocurra un “apego seguro” en el niño o niña”.

Según (Meltzer 1990) el padre se acopla más tarde y desempeña una función protectora del vínculo madre-hijo y se encarga de la separación y diferenciación en el interior de la diada.

Bernard Brusset (2008), en el nº 3 de la Revista de APM, con respecto a la función del padre dice: “Su primera función sería la mirada exterior y la palabra de un testigo que sujeta el espejo en el cual se objetivan, se sitúan o se convierten en algo pensable la madre, el niño y sus relaciones, en tanto éstas le incluyan o le excluyan. El padre mira, habla y actúa: es embajador de la realidad, garante, mediador, protector, pero también, perturbador, factor de conflicto, obstáculo, fijador de límites y de prohibiciones. Al considerar la función paterna, corremos el riesgo de olvidar que el padre para el niño es un objeto y un objeto pulsionalmente investido. Que la relación corporal y el vínculo con las huellas mnésicas, de las primeras experiencias de satisfacción no ocupen el mismo lugar que con la madre, no impide al padre tener un cuerpo, no mamas como Tiresias, pero sí un sexo, una sensualidad propia: el padre como hombre, como masculino, semejante y diferente de la madre, fuente de representaciones organizadoras de los deseos y de las identificaciones, tanto para el niño como para la niña.”

En el momento presente, el hombre representa la mitad de la población con el 50,3% y la mujer el 49,7%. Por tanto, hombres y mujeres muestran esa parte masculina y femenina como modelos de referencia tanto para la niña como para el niño. Ambos niño/a se van a identificar necesariamente con uno de los dos modelos a seguir y buscarán definirse como una forma de sentirse y de estar en la vida, aunque como sabemos la identidad es compleja y no sujeta a un solo modelo. En función del padre, el niño se puede sentir como él y la niña poseedora de lo que el padre admira y objeto de su deseo como similar a su madre. De esta manera, niño y niña sienten que tienen la aprobación y el amor del padre dentro de la identidad de género de cada cual.

Yolanda Carballeira en su artículo del año 2009 “La evolución del lugar del padre a través de la historia y en la consulta terapéutica”, recuerda que “el estudio de las interacciones precoces muestra que el bebé percibe diferencias entre el comportamiento del padre y de la madre. Durante los seis primeros meses, el bebé da pruebas de reconocer a su padre y a su madre, y a comunicar de forma diferente con cada uno de ellos”.

“Los padres tienden a hablarles menos y a tener una interacción más física. (Labrell, F. cit. en Carballeira, 2009). El tipo de apego puede ser diferente según que el niño esté en presencia de su padre o de su madre”. “Los padres tienen más propensión que las madres a abrir el universo del niño hacia las relaciones interpersonales y hacia la cultura”.

En la actualidad, existen diversos tipos de familia que se han conformado a partir de nuevas formas de relación, por la separación o ausencia de uno de los miembros, como las familias monoparentales o las familias de parejas en las que no aparece la figura del hombre, familias de solo hombres y qué diferencias o consecuencias puede tener en el desarrollo del individuo.

Esto ha sido una constante a lo largo de la historia: cuando los padres estaban ausentes porque iban a la guerra y las mujeres criaban a sus hijos solas, cuando ocurrió la cuestión de los bebés robados, sin consentimiento de la madre gestante similar a lo que pueden ser ahora la maternidad subrogada, el reagrupamiento familiar donde el padre se ausentaba debido a la emigración en los años 60 en España... todos ellos como ejemplos de fenómenos que no son tan novedosos ahora.

Estos modelos de familia que se han generado a partir de cambios sociales, económicos y culturales, en los que la madre se ocupa de los hijos sin el compañero con el que los ha tenido, sin el padre biológico, suponen un interrogante desde el psicoanálisis y nos hacen pensar en la influencia para el psiquismo del individuo, en la organización de los complejos procesos de identificación, proyección e introyección y cómo el niño y la niña inician, internalizan y desarrollan sus nuevas relaciones sociales fuera del marco de la familia tradicional a partir de los vínculos que establecen en este contexto familiar.

El niño/a tiene que introducirse en el mundo real al que pertenece, nuestro mundo, en el que se produce un amplio imaginario con respecto a las funciones parentales que tienen un papel simbólico en la cultura concreta en

la que se inscribe y que van a ser transmitidas sin la presencia real del padre que pueda llevarlas a cabo.

- **La función del padre desde el psicoanálisis**

El concepto de padre ha tenido un reconocimiento social asignándole un lugar de poder y autoridad. El padre, se ha ido transformando a lo largo de la historia, pero al igual que la madre, tiene una incuestionable función estructurante en la construcción y desarrollo del psiquismo humano.

Para el psicoanálisis, el Complejo de Edipo se presenta de manera universal y se encuentra en todas las sociedades. Se trata como sabemos de un proceso inconsciente que se establece en el niño o niña en relación a sus padres, es considerado de suma importancia en la primera infancia, sirve para comprender la forma en cómo se desarrollan los vínculos con los objetos primarios, ayuda a vislumbrar la constitución del psiquismo del bebé y donde se hace mención a los procesos identificatorios que vislumbran el Ideal del Yo por los que atraviesan niños y niñas.

Vilche, C. (2016) en su trabajo Fin de Grado nos dice: “A través del padre y de que éste impone con su presencia la prohibición del incesto, el yo se fortalece y da paso a una nueva instancia psíquica que es el superyó. En este momento, es cuando el niño se aleja de la madre para acercarse al padre”. En otro momento del artículo nos dice: “La resolución Del Edipo, marcará la internalización de la ley y la posición masculina o femenina que el sujeto adopte en relación a otro sexo”.

“La función del padre en el Edipo será fundamentalmente la de separar a la madre del hijo, de tal modo que: por un lado, el niño deje de tomar a esa madre como objeto de deseo incestuoso y, por otro lado, que la madre deje de tomar a ese hijo como falo (que no lo sea todo para la madre)”. (Daniel Fernández: La importancia del padre en el Psicoanálisis, 2008)

Yolanda Carballeira en el artículo ya referido sobre la evolución del lugar del padre, nos habla del padre como proceso y señala dos funciones del padre (según Freud) en relación al Edipo: la prohibición y la identificación.

“Hurstel 2001 (cit. en Carballeira, 2009), señala que, desde el nacimiento, el padre mediatiza la relación de intimidad madre-bebé, ésta es una función de “holding”, de “envoltura” de la relación de intimidad, que ayudaría a organizar la diferencia de los lugares dentro de la parentalidad. El padre

preedípico tiene un papel de apoyo, de continente de la díada madre-bebé, (...), mientras que el padre edípico tiene un papel diferenciador, separador”.

“El espacio paternal no es por otra parte, una construcción maternal propuesta, sino una co-construcción de la díada madre-bebé, que se va construyendo progresivamente, con oscilaciones y alternancias entre los aspectos de tercero reparador y separador”.

“Es el padre el que tiene que aceptar activamente de tomar ese lugar afectivo al lado de la madre, pudiendo representar una figura de tercero presimbólico”.

En resumen y desde una visión amplia, el padre en su función real y simbólica es:

- ✓ Regulador de la economía pulsional entre madre e hijo
- ✓ Modelo identificatorio
- ✓ Objeto afectivo
- ✓ En un primer momento, tiene un papel de apoyo, de continente de la díada madre-bebé y de tercero pre-simbólico.
- ✓ Constituye una figura de autoridad dentro de la triada madre-hijo-padre
- ✓ Función simbólica
- ✓ Función de separación de la relación diádica madre e hijo
- ✓ Terceridad, creatividad y juego (Winnicott)

Aberastury, A. en 1974, nos dice que el ejercicio de la paternidad es importante a lo largo de la vida del sujeto en diversos momentos, como modelo de identificación para el niño o la niña. Considera que la función paterna, no es solo una función de corte, dentro de la conflictiva edípica, sino que tendrá un papel relevante en las distintas etapas evolutivas de la vida. Desde el comienzo participa en los cuidados del hijo y deberá elaborar su propia posición femenina. Winnicott en 1971 (cit. también en D. Fernández, 2008), decía, justamente, que el varón no tenía que haber roto con la mujer y el niño que llevaba dentro.

El Complejo de Edipo actualmente se encuentra cuestionado por distintos movimientos psicoanalíticos relacionales y postmodernos y por antropólogos que también examinan poblaciones y organizaciones culturales distintas. No cabe duda de que en la actualidad podemos encontrar otras

formas similares de explicar fenómenos desde la contribución y aportaciones científicas como las neurociencias, la psicología social... No obstante, sabiendo que el psicoanálisis se mantiene aún vigente, también necesariamente se encuentra sujeto a cambios y modificaciones que suceden en la sociedad, donde se pueden y deben encontrar otras percepciones.

Desde una perspectiva social y en el contexto de la diversidad de modelos de familia, crianza y de relaciones padres, madres e hijos, tendremos que ahondar desde una perspectiva de mayor apertura y flexibilidad en el concepto del padre y de su función en cuanto a necesidades, motivaciones e intereses en la sociedad actual. En este sentido, el proceso de construcción de una parentalidad más igualitaria estará unido a la redefinición de identidades parentales de género más actuales, flexibles y menos estancos, acordes a este momento histórico y social.

- **Algunas ideas sobre lo que supone la ausencia de la función paterna**

Nos vamos a referir sobre todo a aquellas organizaciones familiares en las que puede ser más difícil que se ejerza la función paterna, como aquellos casos de familias monoparentales femeninas, parejas homosexuales femeninas y diversas circunstancias y situaciones donde la figura del padre se encuentra ausente o donde estando presente, no ejerce funciones paternas propias como padre. Situaciones en las que la madre se encuentra sola o sin apoyo suficiente por parte de su pareja y donde el hijo no encuentra una figura masculina que sostenga.

Para Levobici (1983), el psicoanálisis atribuye de igual manera el papel de la madre y del padre “en la red de interacciones relacionales en las que se sitúa el hijo a lo largo del desarrollo y juntos, son los componentes implicados desde el principio en una misma vivencia, los dos polos de una misma experiencia”. Considera que “la carencia paterna prolongada tiene como efecto retardar de manera progresiva el desarrollo intelectual del sujeto” y esto equivale a la carencia de ambos padres (sin distinguir). Seguramente aquí tendríamos que distinguir la existencia de padres carentes de su función paterna y/o madres monoparentales donde no siempre esta carencia prolongada de padre, puede tener como efecto retardar el desarrollo intelectual.

Para Herzog y Levobici en 1989, “los bebés educados sin padre no tienen la misma capacidad para modular sus interacciones violentas y consideran que en estas familias, parece que hay más agresión actuada por parte de los niños que en las familias en las que ambos padres están presentes”. Aquí tendremos que valorar la función paterna en la mente de la madre, ya que niños con padres presentes, pero con escasa capacidad de contención y mentalización, puede dar lugar a conductas con agresiones actuadas.

En un texto de M^a Asunción González De Chavez: “La crisis de la función paterna, el nuevo lugar/deseo de las mujeres y el ejercicio de la parentalidad”, nos dice que: “En la vinculación entre satisfacción conyugal y el ejercicio de la paternidad, se destaca en todos los trabajos de investigación, confirmando que se da una mayor implicación de los padres cuando las madres les valoran, valoran su participación, tienen ideas igualitarias en cuanto a los roles de género y cuando hay satisfacción marital, mientras que la insatisfacción de la mujer -también del hombre- se relaciona con menor implicación paterna. Todos estos datos –cuantitativos- validan la afirmación psicoanalítica de que el lugar, la función del padre le viene dada por estar presente en el discurso de la madre.”

Para Recalcati, (2014): “la ausencia empírica del padre no supone nunca en sí misma un trauma. Su carencia se vuelve traumática sólo si implica una carencia simbólica. La ausencia paterna se volvería traumática, remarca Lacan, si la palabra de la madre la interpretara como signo de desinterés, de rechazo de la adopción simbólica que la elección de la paternidad impone. La palabra de la madre tiene el poder de significar la ausencia del padre de maneras totalmente diferentes”.

“La ausencia del padre no es entonces traumática en sí misma; depende de cómo sea transmitida simbólicamente por la palabra de su madre y que pueda ser elaborada como ausencia de una presencia”.

Para Meltzer (1990) el padre ejerce una importante fuerza moduladora y las fallas en la relación con el padre, pueden ser causa de distorsiones en la construcción del carácter y las formaciones psicopatológicas.

Pudiera ser que a veces, en el caso de la ausencia de padre, se tiende a la escisión y surge la idealización del padre que se buscará en todas las relaciones que desarrolle la persona. Podemos pensar que esto atrapa a la persona que seguirá buscando en el futuro lo que le falta en otros (relaciones

de pareja) y también seguirá permaneciendo en el recuerdo de su experiencia de abandono, lo que es posible que le convierta en una persona que se somete con facilidad, para no perder lo que tiene y sentirse nuevamente abandonado, cerrando las posibilidades de reparación.

De la misma manera, también podemos pensar que la ausencia del padre en ocasiones puede dar lugar a posibles dificultades en los hijos para separarse de las madres y la incorporación fluida de nuevas relaciones diferentes y donde madre e hijo buscan la figura ausente (pareja- padre). El niño a su vez puede que se encuentre vacío de contenidos masculinos con escasas cualidades de actividad, agresividad y defensa de cara al exterior o, por el contrario, con la actuación frecuente de los impulsos agresivos de tensiones internas insatisfechas por la ausencia de padre.

En la adultez, podrían aparecer posibles dificultades también para ejercer el rol de padre que corresponda (materno- paterno). Niños dolidos por la vivencia de ausencia paterna y con una estructura yoica posiblemente debilitada con dificultades para establecer y mantener vínculos. Por su parte, la ausencia del padre puede incidir en la madre para llevar a cabo sus funciones básicas de maternaje con su bebé.

Milmaniene, J. en 2004 considera que, en las parejas de un mismo sexo, la estructura familiar debe estar basada en el “interjuego eficaz” de ambas funciones materna y paterna, necesariamente presentes, las cuales generan el fundamento para la estructura intersubjetiva del niño.

En la actualidad, nos encontramos con movimientos de mujeres muy diversos y antitéticos: unas que se encuentran en contra de la implicación del padre en la crianza por considerar que es un espacio propio de la mujer y que el hombre se está apropiando de espacios considerados exclusivamente como femeninos. Hay otros grupos de madres que deciden enfrentar la maternidad ellas solas sin la presencia del hombre como una elección, negando la necesidad de un tercero y en ocasiones y en ese caso, el riesgo para la diada aparecería en los casos en los que se da una parentalidad de tipo “narcisista” (Manzano et al., 2002; Nanzer et al., 2012). En medio, parejas diversas con diferentes actitudes y criterios en cuanto a la forma de vivir y llevar los diferentes en la crianza de los hijos/as.

Por último y en relación a la ausencia de la función paterna, cabría preguntarse qué hay de la bisexualidad de la madre, de la imagen de padre

interiorizada por la madre y cómo esto incide en la interiorización de la figura del padre por parte del hijo. Es importante que la madre pueda identificarse con el padre y viceversa, que pueda aceptar que el padre también tenga una función. Ya decía Freud que la mezcla de lo masculino y femenino en el individuo, está sujeta a muchas oscilaciones. Freud en 1920 decía: “Nuestra libido oscila toda la vida entre el objeto masculino y femenino”, insiste en el tema de la bisexualidad y dice que “todo hombre presenta tendencias instintivas tanto masculinas como femeninas”. También, que “es insuficiente identificar lo masculino con lo activo y lo femenino con lo pasivo”. Nos invita a familiarizarnos con que la mezcla de lo masculino y femenino y sus diversas variaciones: “que las mujeres pueden ser activas y que los hombres no pueden convivir con sus semejantes si no es desplegando una cantidad considerable de adaptabilidad pasiva”.

El aceptar la función paterna, “dependerá de estas identificaciones con el objeto masculino y del propio narcisismo de la madre, que permita al padre un lugar, primero en el psiquismo de la madre y después en la vida del niño, para así airear y enriquecer el espacio vital del niño/a”.

Seguramente este sea uno de los temas a continuar investigando y explorando en nuevas realidades, pues la carencia simbólica de funciones paternas en el desarrollo de la persona, la forma en que esa carencia se vive por parte del niño/a y las fantasías que se generan, cómo es esto vehiculizado a través del tercero, cómo la ausencia de la función del padre es contemplada por la madre, cómo se entretajan y modulan los desajustes que se producen... no es un tema baladí, si como se ha dicho, la persona que ejerce funciones paternas tiene un papel estructurante en el psiquismo de niños y niñas y en las posibles distorsiones que genera en las dificultades y funcionamientos patológicos.

Cuestiones relacionadas con la clínica y el trabajo con padres

Vamos a hacer referencia a las dificultades clínicas que se generan en ausencia del padre, tanto por la ausencia real del padre, caso de orfandad, como por la ausencia de los padres por separaciones, figuras de hombres padres desvitalizados, padres que no ejercen sus funciones paternas al uso por debilidad, confusiones de roles, sumisión ante las mujeres, padres “líquidos” que no contienen, no sostienen, no protegen, no estructuran,

padres que en ocasiones no se encuentran en la psique de la madre como figura paterna clara y así se lo transmiten a los hijos.

Un artículo publicado el 3 de marzo del 2011 en el blog que se llama Psicología y Vida: “El padre ausente cuando falta la figura del padre”, hace referencia al “pseudopadre” en una cultura donde la figura del padre está en declive como figura de autoridad, refiere que “los niños y jóvenes han padecido dos tipos de trastornos clínicos que les han llevado a tener sufrimientos y desorientaciones vitales”:

- ✓ Niños con depresiones difusas por falta de una figura paterna masculina y normativa que introyectar.
- ✓ Regresiones y marasmos psíquicos intensos con traducción directa e inmediata en aspectos personales, sociales y académicos: fracaso escolar, adicciones, personalidades apáticas y desmotivadas.

Vemos que existe una relación entre las dificultades con los límites y los cuadros de inquietud psicomotriz que pueden desarrollarse sin la presencia de una figura de autoridad. Paternidad con ausencia de criterio, de autoridad, de confianza, de conocimiento por el papel y la función que tienen los padres en el ejercicio de la autoridad y en el desarrollo de sus hijos.

Esto es extensible y repetido en muchos padres como forma común de vivir la familia y la forma de educar a los hijos en la actualidad. Podríamos decir quizá que en general, hay un ensalzamiento mayor de valores afectivos, gratificadores, acogedores tanto en hombres y mujeres y una disminución del papel limitante de autoridad, represión... Este modelo de vínculo padres-hijos abunda en nuestra sociedad.

Recalcati (2014) señala que, en la actualidad, lo que más abunda es “la figura del padre-hijo que se asimila de forma simétrica a la juventud de sus hijos. El hijo-Narciso se refleja en el padre-hijo y viceversa. La diferencia simbólica entre las generaciones deja espacio a una confusión de fondo”.

Aparece entonces un nuevo complejo: el de Telémaco y se pone en primer plano la soledad de las nuevas generaciones, que esperan como Telémaco el regreso de un padre que dé cuerpo a la Ley.

“El joven o el niño, se pregunta entonces: ¿Se percata alguien de mí? ¿Existe una Ley que aún pueda ayudarme a no perderme, a no extraviarme? ¿Hay algún Otro con capacidad para detenerme, para establecer un límite para el

goce mortífero? Un «¡No!» que fuera realmente un «¡No!». En su *transgresión, hay una invocación de la Ley* ¿seguís existiendo? ¿Existen aún los adultos? ¿Existe aún alguien que sepa asumir responsablemente el peso de sus propias palabras y acciones?

Si el lugar de los adultos queda vacío, abandonado, repudiado, será difícil para las nuevas generaciones sentirse reconocidas, será difícil que puedan sentirse realmente como hijos/as”.

Los padres de antaño, aunque ausentes en el plano real porque frecuentemente no compartían tiempo con el niño/a, estaban en la psique de la madre como figura paterna clara y así se lo transmitían a sus hijos. Podemos pensar que a veces puede resultar más dañino para el niño/a la existencia de un padre, pero que no ejerce su función paterna por su debilidad, confusión de roles, sumisión ante mujeres, padres “líquidos”, que no contienen, que no sostienen, que no estructuran... que la ausencia real del mismo.

Esto necesariamente influye y nos pone delante la confusión de muchos padres en la actualidad sobre su papel, función y el lugar que ocupan en la relación con el hijo. Es fácil pensar que, con todo esto, los padres encuentren dificultades a la hora de poner frenos, límites y prohibición, eliminando la castración simbólica paterna (del hombre) necesaria como marca estructurante del psiquismo y llevada de forma abierta, permisiva hacia lo que derive.

De esta manera, es previsible que el hijo/a se convierta en el dueño de la situación y los padres queden al arbitrio de su criterio, placer y su voluntad (“es que el niño no quiere”, “es que al niño no le gusta”, “es que el niño dice...”). Por otra parte, en ausencia de padre o de sus funciones, vemos que hay niños que adoptan el papel de padre parentificados con la madre ejerciendo un papel que les viene grande y que resulta impropio. Es decir, estas condiciones, a veces pueden favorecer una orfandad en vida para los hijos/as y su consecuente daño psíquico, pudiendo generar estructuras narcisistas e inseguras en niños/as, afectando con ello a su funcionamiento social y vincular.

Según esto, ahora los padres actuales que nos llegan a las consultas, con frecuencia nos dan una imagen de sí mismos como que no quieren identificarse con esa imagen denostada, conservadora, de padre con

autoridad, que los hijos saben, tienen criterio, y por tanto sus deseos y la satisfacción de los mismos es un objetivo a conseguir, hay que evitarles sufrimientos, ser amigos de ellos, que cuando tienen dificultades en la relación, desconocen lo que pasa y se ponen en manos de los profesionales para que les digan, para que hagan, para depositar a sus hijos desconfiando de su papel y de lo que ellos deben y pueden hacer...

Este desconcierto sobre lo que se debe o no hacer, sobre la indefinición de las funciones, sabemos que puede generar exigencia en los hijos/as, presión, inseguridad y desconcierto y es frecuente que nos encontremos con niños/as con expresiones de dominio, control y a veces casi chulescas y luego veamos que estos niños están desprovistos, sin sostén, inestables y sometidos a tensiones internas profundas que les causan sufrimiento, producen insatisfacción y a veces hostilidad.

Como contrapartida, el padre espera un hijo que no es real y no puede encontrar, por lo que sus expectativas se ven frustradas y sus proyecciones puestas en el hijo (Hijo-narciso), son un fracaso personal propio, con lo que muchas veces esto produce una interacción de posible violencia y rechazo.

En el libro “Los escenarios narcisistas de la parentalidad” (Manzano, J. Palacio, F) nos explican la tendencia de los padres a tomar a sus hijos como prolongaciones de ellos mismos o a hacer proyecciones de sus propias figuras parentales, de aspectos infantiles de sí mismos etc... Si a esto le unimos las dificultades de los padres actuales con la autoridad, se añade inevitablemente complejidad en el abordaje terapéutico de todas estas dificultades. Nos planteamos cómo esto incide en la relación padre, madres, hijos.

Por tanto, nos preguntamos ¿cómo es entonces el prototipo de niño actual según esto que nos encontramos frecuentemente en las consultas? Pseudomaduro, inquieto, inestable, depresivo, perdido, abandonado en su psiquismo y autososteniéndose muchas veces por falta de “holding” que diría Winnicott, niños sometidos a ser rápidos, precoces, autónomos e independientes...

Tendríamos, las patologías de los límites por la ausencia de autoridad, de freno, de contención... y las patologías narcisistas.

Podemos preguntarnos entonces, cómo se integra la imagen del padre al ideal del yo. Vemos con más frecuencia dificultades para la adaptación escolar al no tolerar los límites, las normas y los tiempos impuestos por el entorno escolar, trastornos de la conducta, trastornos de la regulación, TGD, TDH, depresiones por inhibición o como respuesta al vacío de la ausencia de una figura parental, la inseguridad y el abandono de no tener que necesitar del otro, que suponen las tensiones internas de las que hablábamos antes, niños hiperestimulados e hiperconectados que no pueden elaborar y digerir tanta carga externa sobre lo que les acontece como una posible manera de autosostenimiento.

La dificultad con los límites y la inquietud psicomotriz es una temática que los padres traen a las consultas con mucha frecuencia con hijos cada vez más pequeños. Existe una forma de vida muy del momento actual relacionada con el exceso en general: de actividad, estímulo, de movimiento, de dispersión, la falta de tiempos... que puede favorecer esas dificultades que se consultan. Esto, unido también a una forma frecuente de vivirse el hombre en sus funciones como padres: no quieren ejercer la autoridad, pretenden procurarles al hijo/a bienestar y satisfacción continuos para luego exigirles como una forma de intrusión-agresión, que tengan una formación, un comportamiento adecuado y satisfagan las expectativas puestas en ellos que requieren... cuando todo esto fracasa, es cuando parece que surge entonces la necesidad de poner al hijo/a en manos de los profesionales por no saber qué hacer.

Lo que estructura el psiquismo del niño/a es la diferencia de sexos e intergeneracional, si borramos esto nos encontramos con la patología social y familiar que acude a nuestras consultas. Qué esperan los padres ahora de sus hijos que son “tan contemplados”, que ocupan tanto espacio y que son el resultado narcisista como producto de ellos mismos, como padres ideales que tienen un hijo también ideal o que tiene que serlo, que no pueden reconocer las carencias o debilidades.

Hasta dónde llegar con todo esto, en qué lugar ubicarse: hasta dónde satisfacer, dónde parar, lo bueno y lo malo, qué se puede y qué no... Todo ello contribuye a desdibujar la figura del padre/madre, la confusión de posicionamiento por parte del hijo/a con respecto a sus padres. El síntoma del niño/a vendrá a simbolizar la duda de los padres con respecto a él. Podríamos decir que un lugar definido como padres, aunque no sea el más

adecuado, será más estructurante que dejar al propio hijo que recoloque las figuras y funciones de sus padres ante la ambivalencia de éstos.

P. Bromberg en 1998 habla de los traumas de los padres que han comprometido de una manera u otra la capacidad de regulación de afectos en un contexto relacional. Habla del concepto de “enactment” (puesta en acto, puesta en escena) como un suceso disociativo, representaciones y manifestaciones conductuales, un proceso inconsciente que afecta al adulto y la relación con su hijo. Continúa considerando que nuestra labor profesional debe centrarse en el aumento de competencias de estos padres en la regulación de sus propios afectos y secundariamente, favorecer la regulación afectiva de los hijos.

Quizá será necesario poder tolerar en el hijo/a la frustración de lo que no se puede, asumir la responsabilidad de la prohibición, de contención, de orden y de imponer el criterio adulto.

Nos encontramos pues con posibles distorsiones de los vínculos con incidencias diversas difíciles de delimitar y discriminar. Se trataría tal vez, de que los padres, pudieran ser conscientes de sus propias carencias, para poder tolerar las carencias en los hijos/as.

De nuevo nos encontramos con el narcisismo de los padres y madres. Máximo Recalcati nos habla de ellos en su libro “Las manos de la madre”, porque no es solo ser adulto, sino que estamos ante el narcisismo parental en un movimiento social como el actual en el que parece que todo tiene que ser perfecto y no se tolera con facilidad el dolor, la frustración, las carencias...

De otra manera, dentro del movimiento feminista existen mujeres que están en contra de la implicación del hombre en la crianza. Consideran que es un lugar propio de la mujer y que el hombre se está apropiando de uno de los espacios que es exclusivamente femenino. Son tildados de “robaúteros”, “manplainings” y desarrollan hacia ellos una actitud muy agresiva.

Pensamos que en la psique de la madre tiene que haber espacio psíquico y deseo de otro, de un tercero que puede ser una pareja, el trabajo, el ocio... a veces, no necesariamente el padre. Esto es lo que va a permitir que la madre no devore al niño, considerándolo como falo que cubra su falta. Existen casos de mujeres que viven su maternidad dentro de una omnipotencia peligrosa negando la necesidad del tercero. Muchas de ellas, son mujeres dañadas por

los hombres, padres o parejas y desde esa herida hacen su elección. Esto quizá es lo que hay que tener en cuenta inicialmente, y posteriormente en un segundo momento, será necesaria la figura del padre de cara a la identificación y conraidentificación de los niños/niñas para la elaboración del complejo de Edipo...

¿Cómo nos enfrentamos los profesionales a estas cuestiones relacionadas con las patologías y en consultas cuando trabajamos con padres, ¿cómo nos posicionamos y cómo podemos trabajar? Cómo podemos intervenir para modificar el modelo actual del padre o padres.

Quizá tengamos que valorar las posibilidades para negociar y dialogar, ayudar a discriminar, a deshacer confusiones, aclarar conceptos, funciones y posicionamientos... seguramente a través de un trabajo psicoterapéutico y también y además psicoeducativo.

En este sentido, recordamos aquí, los comentarios de F. Palacio que habla de asesorar, orientar, en ausencia de un modelo estructurante. También algún comentario que nos proporcionan J. Coderch y A. Plaza cuando nos hablan de que el diálogo analítico se dirige a facilitar la “Función reflexiva del *self* para mantener un *self* coherente, vigoroso y capaz de una adecuada comunicación entre el nivel intrapsíquico y el interpersonal”. Se trata de una experiencia personal de “sentirse pensado y sentirse por otro” esto que encontramos de mucho interés para trabajar con padres, ayudándoles a que puedan verse a sí mismos en el desarrollo del rol parental que desempeñan.

Respecto a la etapa perinatal, Martín Maldonado y Lecannier refieren que “se sabe relativamente poco respecto a los cambios psicológicos y emocionales que ocurren en el futuro padre y cómo se realiza la transformación a la paternidad”.

Y. Carballeira (2009) dice: Algunos autores plantean que ya desde el embarazo y por la presencia de las ecografías se daría en el padre una reorganización de la imagen de sí mismo y de sus identificaciones intergeneracionales (Cupa y col., 2000). El mismo autor sostiene en 1999 que en relación a las crisis de llanto, los padres se sienten incompetentes, tienen sentimientos de impotencia y a veces de rivalidad con la madre del bebé.

Es frecuente que ocurran durante el embarazo cambios fisiológicos en el padre (como la disminución del nivel de testosterona y el aumento de la prolactina y el cortisol) y que aparezca ansiedad y temor al futuro, sobre todo entre el 4º y 8º mes.

Aunque la depresión perinatal es más frecuente en la madre, también puede aparecer en el padre (alrededor de un 9% utilizando la EPDS: Escala de Depresión Postparto de Edimburgo) y es común que haya una asociación entre la depresión materna y paterna.

“El padre tiene muchas necesidades y se espera que sea “fuerte” y brinde apoyo para su compañera y el bebé. Sin embargo, él también necesita soporte emocional por parte de quienes lo rodean y es útil que se permita expresar los sentimientos que lo muestran vulnerable o con incertidumbre”.

Se podrían señalar las siguientes tareas psicológicas en torno a la paternidad durante el embarazo (Penticuff, citado por Martín Maldonado y Lecannier, 2008):

- Resolver la propia ambivalencia hacia el embarazo y al bebé.
- Establecer un apego con el feto.
- Redefinir la identidad del hombre y esposo para convertirse en padre.
- Lograr la convicción interna de que puede cuidar del feto y del bebé.
- Dar apoyo a su compañera y preparar un “nido” psicológico y real para el niño.
- Asumir nuevas responsabilidades como padre.

No debemos, por tanto, olvidar la conveniencia del trabajo con el padre en salud mental perinatal.

Respecto al trabajo en la clínica infanto-juvenil, hemos observado que los padres en ocasiones buscan con interés y/o sufrimiento, depositar la función paterna en el terapeuta necesitando una guía por parte del profesional. Quizá se trate de orientarles a través del conocimiento y la explicación desde lo que ellos son, lo que piensan, lo que hacen o no hacen, a lo que dan valor, lo que dicen...

Lo que estructura el psiquismo del niño es la diferencia de sexos y la diferencia intergeneracional. Si suprimimos esto nos encontramos con la patología social y familiar que acude a nuestras consultas. El “sí” y el “no” cobran mucha importancia en la educación de los hijos/as. Antaño se hizo un abuso excesivo del “no” y ahora todo es negociable, posible y de este modo, sin darnos cuenta se deja al niño/a en un vacío, sin red suficiente de apoyo y sostén.

Nos queda por pensar más adelante sobre las ansiedades que nos encontraremos en el futuro, en cuanto al avance de las tecnologías y su impacto en los cambios de vida y la comunicación. Lo actual es cambiante y deja de serlo enseguida lo que nos va a enfrentar seguramente con la finitud, nuestros propios límites que sacuden los aspectos narcisistas del adulto hombre y mujer y eso no se puede tramitar simbólicamente cobrando pues una vía de expresión en la relación con los hijos/as.

En relación a la figura del padre, se abren muchos interrogantes algunos de ellos poco precisos, otros más claros, cambiantes, inciertos, poco definidos... Quizá se tratará de encontrar una identidad más ajustada para el ejercicio de funciones que ayude, en lo posible, a una mejor estructuración del psiquismo del niño/a desde las necesidades de intercambio diferenciación y complementariedad de hombres y mujeres, madres y padres.

Citando de nuevo a Recalcati “La tarea de los padres, afirmaba Freud, es una tarea imposible. Al igual que la de gobernar o psicoanalizar, agregaba. Lo que quiere decir es que el oficio de padre no puede moldearse sobre ninguna horma ideal, pues no existe. Todo progenitor está llamado a educar a sus hijos por su cuenta, a partir de sus propias insuficiencias, expuesto al riesgo del error y el fracaso”.

El hombre padre, tendrá que encontrar también su nueva identidad dentro de la familia y las nuevas necesidades que se requieran, navegando quizá a través de las tendencias líquidas actuales que brindan una identidad rígida, poco flexible, un como sí, una especie de “costra volcánica que se endurece, vuelve a fundirse y cambia constantemente de forma” (Bauman) que parece “estable desde un punto de vista externo, pero que al ser contempladas de cerca y con cuidado aparece la fragilidad y el desgarramiento constante”.

El hombre-padre deberá buscar su propio papel, su función, que necesariamente estará sujeta a movimientos y alternancias en un encuentro

con la pareja, dentro de la configuración familiar en la que se halle, desde la búsqueda de una forma específica de posicionarse y ubicarse según su criterio, necesidad y deseo.

Como profesionales y en su ayuda (la de los padres/madres) cuando ésta se precise, tendremos que estar en la realidad social e multicultural que nos encontremos, entrar en ese caleidoscopio de situaciones y circunstancias familiares, poder encontrar una comprensión propia en cada caso, transmitiendo y traduciendo de forma digerible lo comprendido, buscando el encuentro con los padres/madres y cuidadores referentes, acompañarles pensando... Todo esto con el objetivo de colaborar en la ayuda a una mejor estructuración del psiquismo del niño/a, desde las necesidades de intercambio de funciones, diferenciación y complementariedad de funciones paternas y maternas.

En la elaboración de este documento coordinado por Marta Báez, han participado con sus aportaciones:

- Sabina Del Río
- Merche Becerra
- Yolanda Carballeira
- M^a Margarita Mulet
- Mónica Avellón
- Berta Requejo

DEBATE ENCUESTRO MADRID

• Cuestiones para debatir

El documento inicial sirve para reflexionar entre todos los asistentes a la reunión del grupo de perinatalidad, celebrada en mayo del 2018 en Madrid. Sobre este documento, se sugieren 10 preguntas para debatir en la reunión. Tras una discusión sobre las preguntas de mayor interés, se votaron previamente las diez propuestas y se acordó centrar la sesión en las siguientes tres preguntas:

1. Qué pensamos sobre las funciones maternas/paternas, ¿las puede realizar indistintamente un hombre o una mujer? ¿pueden ser

- intercambiables? ¿Cómo sería una visión más acorde con las necesidades sociales actuales?
2. ¿Qué lugar ocupan los padres como prototipo dentro del funcionamiento familiar y cuál es entonces la imagen de padre en el imaginario social y sus efectos en la construcción de la subjetividad del individuo?
 3. ¿Qué líneas de intervención profesional elegirías para responder a las situaciones donde se presentan estas patologías o dificultades?

Para el debate y consenso de criterios, se utiliza una dinámica grupal con una metodología de trabajo previamente diseñada.

El resultado del debate es el siguiente:

Pregunta 1

¿Qué pensamos sobre las funciones maternas/paternas? ¿las puede realizar indistintamente un hombre o una mujer? ¿pueden ser intercambiables? ¿Cómo sería una visión más acorde con las necesidades sociales actuales?

Para el análisis de las funciones, es necesario tener en cuenta previamente la diversidad de realidades y organizaciones parentales, así como también otras realidades culturales, sociales y de la misma manera, tener en cuenta el contexto social o el clínico donde encontramos dificultades diversas y circunstancias especiales como inmigración, reproducción asistida, monoparentalidad, maternidad subrogada, padres canguros, abuelidad..., como dos espacios diferentes de pensar y actuar. El contexto social nos remite a un medio donde se desarrollan las conductas y el contexto clínico requiere de un análisis de evaluación de realidades psicológicas internas.

Al mismo tiempo y como premisa inicial, hay que contemplar la amplitud de las funciones en su evolución, tanto en lo que respecta al desarrollo de la paternidad/maternidad, por una parte, como al desarrollo del niño/a en su devenir por otra. No es lo mismo el comienzo de la vida que el transcurrir de la evolución, donde se producen modificaciones y transformaciones continuas de movimientos, afectos y necesidades en los intercambios de las relaciones padre-madre-hijo.

Parece que, en términos generales, existe un consenso social en el que la madre ha ocupado en el tiempo una función de contención, sostén, arrullo, apoyo, consuelo, acogimiento... mientras que el padre ha ejercido una función de ser la autoridad, la fuerza, actividad, la norma, la realidad, los límites... Sin embargo, es necesario la combinación, el intercambio y la complementariedad de todas estas funciones para las necesidades de estructuración primaria del bebé inicialmente y del niño después. Por tanto, contemplaremos necesariamente el tema de las funciones con una visión amplia, diversa y flexible.

Así, vamos a encontrar funciones que se encuentran ligadas al sexo y otras a la cultura, al momento social y a lo educativo. Con lo cual, vamos a vislumbrar formas muy variadas de combinar funciones que antes estaban nítidamente marcadas en su distribución por sexos. Sin embargo, lo verdaderamente nuclear es la continuidad y estabilidad en las funciones sobre todo inicialmente con más énfasis en una horquilla de edad de 0 a 3 años y también a lo largo de las distintas etapas del crecimiento.

Convenimos en el debate que en el comienzo de la vida hay funciones específicas de la madre como mujer muy relacionadas con lo biológico como el proceso del embarazo, el parto, la lactancia... Momentos imbricados emocionalmente de una forma diferente, exclusiva, propia y que establecen una clara diferencia en las funciones en este período concreto convirtiendo a la mujer en única para el hijo y la vinculación necesaria de ambos. En estos momentos, el padre más que nunca se convierte en una figura necesaria cuya función específica es de protección, apoyo y sostén de la diada para que el proceso de conexión emocional entre la madre y el hijo pueda llevarse a cabo en las mejores condiciones posibles.

Con posterioridad, el padre ejercerá una función separadora imprescindible también, desde la entrada de un tercero y donde se produce una función de triangulación en la que cada cual tiene su sitio. Tenemos en cuenta que los procesos de desarrollo de la diada y la triada se producen a la par en el mismo período desde el comienzo de la vida de relación e interacción entre madre-padre e hijo.

Es necesario distinguir entre función y conducta. Las funciones están en relación con un sistema y, por tanto, tienen que ver con el papel que se desempeña en el sentido relacional. La conducta en cambio, es lo que se

realiza y tiene que ver con el cómo se llevan a cabo las funciones. En este sentido, valoramos que una cuestión son las conductas relacionadas con la crianza, otra, los efectos que estas conductas tienen y, por último, cómo los profesionales podemos apoyar cuando nos toque o nos lo pidan, para que las funciones puedan ser ejecutadas convenientemente con independencia de quién las realice. Y en este escenario incierto, de roles no bien delimitados, hay que cuidar que no se produzcan carencias, funciones no asumidas, relaciones patológicas, etc.

Destacamos la importancia de las representaciones y el papel que ocupan en el padre y en la madre en la forma de relacionarse con el hijo.

Como escribe Stern, “Las representaciones comprenden fantasías, esperanzas, temores, sueños, recuerdos de la propia infancia, el propio modelo parental y las profecías sobre el futuro del niño”. Es decir, una serie de imágenes que los padres urden en su interior con capacidades propias y diversas en relación a su hijo, con incidencia en el posicionamiento de cada padre o madre y en la forma de llevar, comprender al hijo y de ejercer sus funciones.

En el contexto clínico en el que nos desenvolvemos, observamos una multiplicidad de situaciones y circunstancias diversas y de riesgo que ponen en jaque lo estipulado o entendido previamente, ya que se tienen que resolver necesidades imperiosas que obligan necesariamente a un intercambio en el ejercicio de las funciones. Así, por ejemplo, el padre puede verse en la necesidad de llevar a cabo funciones que la madre no puede ejercer por impedimentos varios (adopciones biológicas, hospitalización de la madre, campos de refugiados, orfandad...), desde su condición de padre “canguro” en estos casos, con una forma y estilo propio de ejercer las funciones que no pueden ser ejercidas de otra manera por dos: madre y padre, hombre y mujer.

De la misma manera, las mujeres que se plantean la maternidad en solitario u otras circunstancias diversas en las que el padre es ausente, tienen que necesariamente llevar a cabo papeles diversos que tienen que ser combinados e intercambiados convenientemente de la manera más favorecedora, para completar en la medida de lo posible aquellas funciones que no pueden ejercerse por el otro, hombre, padre.

Se ha hablado con anterioridad en el documento de la sociedad occidental del bienestar donde existe un escenario diverso y cambiante en el que

conviven esquemas y circunstancias vitales dentro de un abanico de realidades que van desde lo más clásico y conservador, a lo más novedoso. En la actualidad se registra una notable presencia de valores que potencian el narcisismo, la omnipotencia y la dilución de diferencias sexuales que permiten maneras diversas de acceder a la maternidad/paternidad impregnado de narcisismo.

Esto podría explicar en parte, el hecho de que, por un lado, el hombre quiera estar en el comienzo de la concepción, el embarazo y la lactancia con una reivindicación de su papel propia más bien de una necesidad narcisista para no quedarse fuera en este momento y responder a un papel más protagonista, considerando una pérdida de función su apoyo y serenidad de observación y ayuda.

Por otra parte, la mujer actúa desde la omnipotencia (casi no necesitamos a los hombres para ser madres), si no es capaz de integrar a su pareja en este primer momento de conexión emocional, dándole un espacio de entrada, reconociendo la necesidad del padre como figura insustituible tanto en la nueva relación de pareja que se impone entre ellos, como en la de ellos dos con el hijo/a. Podríamos decir que, si no se instala esta figura de tercero en el imaginario de la madre y aparece en el escenario de la crianza, la madre formará una relación fusional con su bebé que le podrá dificultar a éste la individuación en su proceso de subjetivación.

Cuando nos planteamos la intercambiabilidad de funciones, lo que nos importa son las representaciones que tenemos, cómo incide en lo simbólico del niño y cómo cuando las funciones se encuentran comprometidas, no hay representaciones. Lo importante es la primera relación de objeto del bebé y cómo ese objeto elegido integra las funciones maternas y paternas. Entraría en juego, por un lado, la capacidad del adulto padre o madre sobre cómo entiende la realidad emocional de su hijo/a, cómo le atiende, quiere, cuida y procura su mejor desarrollo global y la influencia que estos cuidados tienen en la interacción con el bebé que lo va internalizando y desde éste hacia los padres.

Es necesario como dijimos antes, concebir las funciones vinculadas a los diferentes momentos evolutivos dentro del crecimiento de la persona. Consideramos que el bebé es un proyecto compartido que se encuentra en la cabeza de ambas figuras parentales, internalizado por dos, proceso de

internalización que dará sus frutos según el proceso individual de acceso a la parentalidad de cada uno de ellos. En función de la individualidad de las representaciones se darán percepciones, afectividades, posiciones y visiones emocionales que corresponden a la condición diferenciada de ser hombre y ser mujer. Hombre y mujer que conviven con dos maneras de entender, vivir y experimentar las funciones parentales.

Pregunta 2

¿Qué lugar ocupan los padres como prototipo dentro del funcionamiento familiar y cuál es entonces la imagen de padre en el imaginario social y sus efectos en la construcción de la subjetividad del individuo?

Hemos debatido sobre diferentes condiciones y tendencias en la actualidad. Las funciones de hombres y mujeres dentro de las familias han cambiado. Debido a las condiciones de paro laboral, hay padres que asumen responsabilidades domésticas porque cada vez existen más madres que sostienen económicamente a la familia.

Sin embargo y a pesar de los cambios somos conocedores de que, y esto nos parece una realidad todavía muy presente, la función materna se ha mantenido en el tiempo a través de los cambios y el padre se ha diluido y no se encuentra definido todavía en las nuevas circunstancias.

Como hemos visto, existen distintos momentos en el desarrollo.

Una primera fase se encuentra muy condicionada por la diada con inicio de diferenciación como base de estructuración del psiquismo, si la madre tiene mentalmente a otro. Cuando no aparece el tercero, no hay espacio para la simbolización y la necesidad de que en la cabeza de la madre esté dicho tercero.

Tenemos en cuenta nuestro posible miedo al cambio pues no hay tantos cambios en el imaginario actual con respecto a otros tiempos.

La sociedad es cambiante y eso es lo que asusta porque nos obliga a contemplar condiciones de vida diferentes, conceptos que se van desarrollando y transformando, tecnologías que marcan y condicionan formas de acceso a la maternidad/paternidad que antes no se daban... Por otra parte, la diferencia de sexos marca diferencias en cuanto a las representaciones de

cada uno y en la forma de concebir dicha maternidad/paternidad con lo que cambian también las formas de vivir las paternidades, la idea de compromiso...

También observamos que hay proyectos de vida que se cuestionan el principio de que la realización del hombre y sobre todo de la mujer, pasa necesariamente por el hecho de tener o no tener hijos. ¿La identidad de la mujer pasa por tener hijos? La respuesta es que no necesariamente es así. Sin embargo, existen muchas mujeres que así lo creen y esto da lugar a importantes contradicciones y ambivalencias, ya que la completud, lleva consigo una idea de narcisismo extremo cuando el bebé es considerado por parte del adulto como una parte de sí mismo y de su proyecto quedando sus necesidades, las que corresponden al bebé, postergadas o consideradas como secundarias. El bebé podrá ser colocado como objeto para la madre formando así parte de la idealización que ésta ha construido alrededor de su propia maternidad.

Todavía, en la generación de la gente más joven, la mujer sigue asumiendo las cuestiones organizativas y educativas y es la que básicamente dirige la familia. En el caso de las parejas que se separan, cuando los niños se encuentran entre los 0 y 3 años de edad, hay un 50 % aproximadamente de custodia compartida lo que conlleva que las funciones maternas y paternas quedan divididas y suceden de forma diferenciada, arbitraria e irregular en función de las diversas circunstancias a las que se encuentran sometidos cada uno de los progenitores. Por otra parte, en las comunidades autónomas donde el nivel de paro es más alto, se producen menos separaciones, como consecuencia de las condiciones de dificultad económica.

Nos preguntamos entonces sobre estas realidades diversas, qué lugar ocupa cada padre/madre de forma propia en la familia, en el cuidado y educación de los hijos/as y en cada contexto, cómo suceden los intercambios de funciones maternas y paternas. También las consideradas funciones ligadas al sexo, ¿hasta cuándo y cuándo empiezan a diluirse?

En cuanto a conceptos y actitudes, observamos que, por una parte, existe una tendencia a la idealización dentro de una fantasía de maternidad sin conflicto en un sentido de madre que lo quiere todo, lo puede hacer bien compaginando el bebé, su trabajo y su tiempo, disfrutar de las relaciones sociales, en definitiva, un ser omnipotente... De otra parte y posiblemente

en el otro extremo, el rechazo de una maternidad como un ideal maravilloso de la mujer que la identifica como tal, que requiere abnegación, entrega, compromiso, implicación y renuncia a otras cuestiones personales y de reconocimiento más en alza pero que no les identifica como la mujer que quieren ser y que produce cierto rechazo a esta imagen.

Existen grupos de padres que cuestionan la crianza y el tema de los hijos, padres que se incorporan, pero sin saber bien dónde y cómo ubicarse. Se produce una idealización del niño/a colocándole como un objeto y no como un sujeto.

El bebé entonces como nos decía Lebobici, puede ser considerado un bien de consumo y nos gratifica en la medida en que es considerado como una prolongación de nosotros. Al bebé hay que dárselo todo, satisfacerle para sentir satisfacción: teatro, consumo, actividades... Todo ligado al narcisismo de las funciones: gratificación, soledad, vacío, pérdida de sentido. Proyecciones de los padres hacia los hijos y el fracaso por la presión en los hijos y cómo en la adolescencia llega.

La familia ahora es más pequeña ya que la familia extensa quedó atrás, y para la crianza, no hay suficiente red social y en muchas ocasiones, las madres y los padres disponen de variada información, pero poca contención. Con frecuencia, las parejas aparecen en las consultas y en los grupos de padres donde hombres y mujeres acuden y muestran sus tendencias, ideas, temores... con contenidos confusos, contrapuestos sobre la maternidad/paternidad, los cuidados, las funciones...

El padre, se ha visto movido por los cambios y necesidades sociales y personales sobre las diferentes concepciones de la paternidad. Dentro de un tipo de población, el hombre quiere estar activo en este momento inicial de su paternidad, como la mujer lo está desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, podemos observar que al padre en general, le cuesta entrar en el proceso desde el principio, pensarlo, hacerlo suyo, tener un papel definido y delimitado como algo propio. Parece que la idea de padre que ha pervivido durante mucho tiempo, es entendida ahora como no satisfactoria, placentera y no suficientemente considerada, por lo que no se siente conforme con la parte que le ha tocado y se encuentra a la búsqueda de una visión y una vivencia más actualizada.

Hemos percibido que el padre no ha cambiado tanto con respecto a generaciones anteriores. Ahora hay padres más implicados en la crianza, pero con un papel menos claro y con todo esto, parece que también se han perdido algunas cuestiones relacionadas con la definición de la familia. El papel principal lo tiene la madre y lo que puede necesitar del padre en ese momento concreto, es un apoyo principalmente.

En este sentido, parece que existe una idealización de la diada madre-hijo/a y el padre no sabe dónde colocarse en un momento en que el cambio social va más rápido que las actitudes de las personas. De esta manera, la función protectora del padre tan importante y necesaria queda en entredicho, puede perderse y para muchas familias el rescate de esta función es una prioridad.

La pérdida del valor de la función paterna puede generar muchas veces soledad y ansiedad ante la idea de que todo puede hacerse y en este caso, queda sujeta a una idealización que no favorece la diferenciación, complementariedad y la participación de ambos, desde un punto de vista de necesidad y enriquecimiento de todos.

Se trata de una dificultad de la sociedad narcisista, omnipotente y líquida donde no se reconoce la diferencia como valor y, por tanto, no quiere reconocer la diferenciación de funciones y sexos. Así, tampoco se favorecen las responsabilidades propias de cada cual en su idiosincrasia en cuanto al ejercicio de las funciones maternas/paternas para un desarrollo psíquico sano del niño.

Se trataría, por tanto, de que cada cual tiene un sitio diferente del otro y cada uno de ellos, tiene que conocer su propio lugar para respetar y reconocer como valioso el lugar del otro. Hombre y mujer tienen que darse y permitirse el uno al otro su propio lugar diferenciado.

La función asociada a la autoridad no es exclusiva del padre sino del adulto y la pareja adulta. El bebé inicialmente no distingue entre mamá y papá, así que lo importante es la regularidad, continuidad y diferenciación. Es necesario hablar de funciones y roles parentales. La autoridad y función de protección como elementos en ambos padres, por lo que habría que hablar de funciones de parentalidad y no confundir autoridad con autoritarismo en función de modelos culturales que intervienen.

Nos damos cuenta de la conveniencia de precisar el concepto de la función materna/paterna en relación a lo biológico, el otro que separa la diada como el fundamento de lo psíquico en la cabeza que hace del adulto primario como en el caso de las parejas adoptivas. La función materna y paterna que viene de la dificultad de los sexos, el embarazo... Para cada uno es más fácil ejercer la función materna o paterna, pero ambos ejercen las dos funciones. Las funciones no estarían asociadas en el lenguaje a padre o madre, sino que sería función masculina o femenina.

Es conveniente también valorar las diferencias intergeneracionales que abuela dona óvulos (la limitación de lo biológico que limita). Poner leyes y límites en el sentido de unificar y considerar, criterios básicos que se han ido creando ya, como la violación dentro de la familia como aberraciones autorizadas. Ahora se va a lo neutro y a lo indefinido como elección.

Nos preguntamos cómo transmitir y entender nuestro lenguaje interno como profesionales. En el entorno del cuidado del niño cada uno tendrá un papel distinto, un lugar diferente que no es el del otro y esto es un planteamiento necesario de aceptar para cada uno. Quizá tendríamos que hablar de una mayor flexibilidad en el padre y la madre para que ambos pueden intercambiarse papeles y funciones, en cada caso de forma diferenciada sin que cada cual considere el bebé como propiedad y puedan compartir un interés común de ser padres y madres ayudar, acompañar y separar.

Pregunta 3

¿Qué líneas de intervención profesional elegirías para responder a las situaciones donde se presentan estas patologías o dificultades?

Valoramos la necesidad de hacer algo más práctico sobre cómo intervenir en las dificultades que tienen que ver con la función paterna. Incluir a los hombres padres en lo psicoeducativo recuperando el proyecto de futuro y también el papel del padre para evitar aislar unas figuras y otras.

Las líneas de intervención profesional para la prevención:

- ✓ Llegar a los profesionales que se encuentran trabajando en las diadas de la relación padre/madre-niño/a.
- ✓ Transmitir a los profesionales la importancia de las dos figuras, de los papeles y funciones y que éstos tengan en su cabeza qué significan estas funciones y poder ver los desajustes en esta línea.

- ✓ Encontrar vías de entrada con los padres a través de la comprensión, pudiendo incidir en relación a posiciones diferentes, sobre la imagen de padre con respecto al hijo/a.
- ✓ Poner orden a las ideas, ayudando a resolver dudas favoreciendo la clarificación y disminuyendo la confusión y promoviendo modelos de identidad paternas/maternas dentro de un recorrido social más adaptado a nuestro mundo social.
- ✓ Señalar las tareas psicológicas en relación con la paternidad y la posible vulnerabilidad del padre en determinadas etapas, podría ayudar a transmitir una imagen de padre menos ideal y super yoica.
- ✓ Encontrar entre otras, más bien una función orientativa que afecte sobre lo individual y lo colectivo sin un ideal normativo sino más bien abriendo nuevas posibilidades que sirvan en cada caso.

Cuando el padre no acude a las consultas, a los grupos de padre/madres o a las actividades que se organicen, cuando no se encuentra el padre porque no participa, las intervenciones son a golpe de lo que se puede hacer, de la realidad que impera. Sin embargo, podemos intentar favorecer la función paterna, incluirles y que puedan ponerse en el lugar de la madre, el padre como apoyo. Tener en la mente al otro como padre o madre y en su función darle un espacio y oportunidad para que puedan estar.

Nos planteamos cómo nos organizamos en las consultas para incluir al padre teniendo en cuenta la realidad de los trabajos de los padres, ver el lugar que deja el padre y cómo nos sirve la Psicoterapia centrada en la Parentalidad porque nos ayuda a este enfoque. Para ello, tendremos que ajustarnos y adaptarnos a horarios posibles para la asistencia de los padres en función de sus necesidades...

Hemos hablado del padre perdido, desidentificado en el momento presente por lo que hacer presente al padre es una tarea esencial como profesionales. En este sentido, hay que procurar siempre integrar al padre en las consultas considerándoles como parte imprescindible dentro de un sistema y dentro del mismo, tienen que estar presentes en la comprensión de las dificultades y conflictos de sus hijos, motivo de la demanda por la que consultan.

Como dijimos en otro momento del documento, en ocasiones, los padres en esa búsqueda de poder depositar la función paterna en el terapeuta, seguramente, lo que necesitan los padres cuando solicitan ayuda es la

orientación y el apoyo de un profesional para que les permita a ellos ejercer la función paterna, que un profesional les “de permiso”. Debemos procurar hacerlo de modo progresivo y siempre con la alianza y confianza depositada en el terapeuta. Sería como un “holding” que hace el terapeuta a la diada de madre-padre para que puedan ir generando una estructura familiar con su hijo, con límites, normas y diferencias claras.

Por nuestra parte, vemos la imprescindible necesidad de trabajar en las representaciones con la pareja sobre qué ocurre y valorar los problemas de relación. Dar un espacio esencial a la pareja.

Por tanto, vamos a procurar insistir en que los padres, junto con las madres o por separado en caso de que las circunstancias nos lleven a ello, deben estar en la presentación, en la recogida de información sobre los datos en la historia clínica, en las entrevistas de exploración y devolución y en los tratamientos e intervenciones explicativas, orientativas de evaluación y de seguimiento como parte integrante dentro de ese sistema familiar.

Hemos considerado la idea de la prevención como nuclear y un espacio preventivo a potenciar, es la crianza con padres/madres en grupo y bebés con riesgo de exclusión social haciendo presente al padre-hombre. Rescatar la figura del padre desde la prevención y como profesionales hacer presión hacia las políticas con un papel más de difusión.

Se remarca la importancia de la atención clínica, formación a profesionales a sanitarios y familias poner iniciativas concretas, difundir y hacer llegar, escribir documentos. Plantearnos un cometido de proyección al exterior en este tema.

Se trata de poder difundir en lenguaje fácil, hacer entender a otros que trabajan con los niños/a como un modelo a perseguir y cómo transmitirlo. Tener cuidado en el trabajo con los padres y cómo se relacionan con la transferencia, explicar y marcar.

La función esencial de los profesionales con los padres/madres es la de acompañar sin inducir en la medida de lo posible, procurando no producir confusiones, aclarar conceptos, ayudarles a pensar, entender... Considerar a los terapeutas como vínculos de protección y dar respuestas más pensadas para poner cordura, sentido común, claridad y posible sosiego en las dinámicas de las familias con dificultades, sean éstas del tipo que sean.

Personas que acuden a Madrid y participan en el debate expuesto:

- Beatriz Sanz
- Merche Becerra
- M^a Margarita Mulet
- Yolanda Carballeira
- Gabriela Klepsh
- Natalia Valverde
- Agustín Béjar
- Reméi Tarragó
- Leire Gordo
- Leire Iriarte
- Encarnación Mollejo
- Berta Requejo
- Estíbaliz Basabe

Moderadora y relatora: Marta Báez López

- **Bibliografía consultada**

Aberastury, A y Salas, E. (1978). La paternidad. Buenos Aires: Kargieman

Bonino, L. (2003). Las nuevas paternidades. Cuadernos de Trabajo Social, 16.

Bromberg, P. (2017) “La Sombra del Tsunami y el Desarrollo de la Mente Relacional”. Ágora Relacional. Madrid.

Brusset, B. (2008). Revista de APM, N° 3

Carballeira, Y. (2009). La evolución del lugar del padre a través de la historia y en la consulta terapéutica.

Coderch, J. y Plaza, A. (2016). Emoción y Relaciones Humanas. Colección Pensamiento Relacional. Madrid.

De Castro, S. (2006). El padre, El Lazo Social y las Mujeres. Universidad Psychologyca.

Fernández, D. “La importancia del padre en Psicoanálisis”:
https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=5&ved=0ahUKEwiFnuipr4DcAhVqIsAKHe7yA5gQFghTMAQ&url=https%3A%2F%2Fdialnet.unirioja.es%2Fdescarga%2Farticulo%2F6161373.pdf&usq=AOvVaw2Kv-z8OoS8xXpe_omcrweK

Freud, S. (1920). “Acerca de la génesis de un caso de homosexualidad femenina”; en Obras completas, traducción de Lopez-Ballesteros. Ed. Biblioteca Nueva. Madrid. España

Freud, S. (1905) “El malestar de la cultura”. "Tres ensayos para una teoría sexual" en Obras completas, traducción de Lopez-Ballesteros. Ed. Biblioteca Nueva. Madrid. España

Freud, S. (1932) “La feminidad”. "Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis" en Obras completas, traducción de Lopez-Ballesteros. Ed. Biblioteca Nueva. Madrid. España.

González de Chavez, M^a A. “La crisis de la función paterna, el nuevo lugar/deseo de las mujeres y el ejercicio de la parentalidad”.

Guerra, V. (2000). “Sobre los vínculos padres hijo en el fin de siglo y sus posibles repercusiones en el desarrollo del niño”. Revista Uruguaya de Psicoanálisis.

Herzog, J.; Levobici, S. (1989) El padre. La psicopatología del bebé. Méjico: Siglo XXI

Lecannelier, Felipe. (2006). Apego e intersujetividad. Volumen I y II. Santiago de Chile: Ed. LOM

León, S. (2013). El lugar del padre en el psicoanálisis: Freud, Lacan, Winnicott Santiago de Chile: RIL Editores.

Levobici, S. (1983). El Lactante. Su madre y El psicoanalista. Amorrortu. Buenos Aires.

Mahler, M. y otros. (1977). El nacimiento psicológico del infante humano: simbiosis e individuación. Ed. Marymar.

Maldonado, M.; Lecannier (2008). El padre en la etapa perinatal.

Manzano, J. Palacio, F. y Zilkha, N. (2002). Los escenarios narcisistas de la parentalidad: Clínica de la consulta terapéutica. Bilbalo: Altxa

Meltzer, D. (1990). Familia y Comunidad. Buenos Aires. Ed. Spatia

- Milmaniene, J. (2004). La Función Paterna. Buenos Aires. Ed. Biblos
- Nanzer, N. (2016). La depresión postparto. Barcelona: Ed. Octaedro.
- Psicología y Vida: El padre ausente - Cuando falta la figura del padre.
<http://psicologayvida.blogspot.com/2011/03/cuando-falta-la-figura-del-padre.html?sref=tw>
- Quaglia, R y Vicente Castro, F. “El papel del padre en el desarrollo del niño”:
http://infad.eu/RevistaINFAD/2007/n2/volumen1/0214-9877_2007_2_1_167-182.pdf
- Recalcalti, M. (2014). Las manos de la madre.
- Spitz, R. (1969). El primer año de la vida del niño. México: Fondo de Cultura Económica.
- Stern. D. (1985). El mundo interpersonal del infante. Buenos Aires: Paidós.
- Stern. D. (1997). La constelación maternal. Un enfoque unificado de la psicoterapia con padres e hijos. Barcelona: Paidós.
- Tizón, J.L. (2015). Crisis Social y Parentalidad Líquida. Temas de Psicoanálisis Nº 10.
- Vilche, B. C. (2016). “Qué es ser padre para el Psicoanálisis”. Trabajo fin de Grado. Montevideo.
- WinnicotT, D. (1958) “La capacidad para estar a solas”. El proceso de maduración en el niño. Ed. Laia.
- Winnicott, D. (2008). Realidad y juego. Ed. Gedisa